

rio seco llamado Debelané, por donde corría el Gach hace unos ciento cincuenta años. En mi sentir, los indígenas han de haber encauzado el río por su actual dirección. El antiguo *Thalweg* está hoy lleno de grandes yerbales y tarfas: la isla formada por uno y otro río es de figura oblonga y está poblada de espesura. Dos horas después de haber pasado segunda vez el Debelané, entre los arrabales polvorientos de Khasala y salvando la puerta de la mezquita, fui á pedir hospitalidad á mi antiguo amigo *Mallem*.

Mi huésped me pareció un poco más envejecido y flaco, pero siempre franco, amable y hospitalario. Una nueva desgracia le había doblado el sentimiento que le causara la muerte de su hija Rosa Kotzika: acaba de perder una nieta, hija única de Rosa, encantadora niña de seis años, que tenía ya melancólicos sus grandes ojos negros y toda la expresión apasionada de su madre. Su casa era, como siempre, la casa de los viajeros, principalmente europeos, y he de decir para vergüenza de mis compatriotas de Occidente que usaban de esta hospitalidad como si les fuera debida. Citaré un alemán que maldiciendo á cada paso y penetrando con cualquier pretexto en el diván, aposento donde el *mallem* recibía á sus compatriotas, interrumpía todas sus conversaciones diciendo al dueño de la casa «¿por qué habláis con esa hiena? (marafil.)» Francamente, yo no sé lo que le ocurriría á un oriental que, viajando por Europa, fuera tan indiscreto y mal criado como lo son la mayor parte de los occidentales en Oriente. Júzguese del concepto en que nos tendrán allí por las dos anécdotas siguientes.

Estaba yo hace dos años en Khartum. Se me dijo que un soldado negro había entrado en casa de un renegado marsellés, alto funcionario, y se había producido de una manera inconveniente en presencia de mujeres. ¿Con qué derecho, se le preguntó se había permitido hacer aquello?—*Alla franca*, respondió, es decir, á la francesa. Y es que el negro creía, como se cree comunmente en Egipto, que las mujeres no merecen ninguna estimación entre los europeos.

En Adua, al Norte de Abisinia, había un expansionero francés, llamado R., uno de los mil fabricantes de cañones y caminos de hierro que van á especular con la credulidad del Negro, el menos crédulo de los hombres. R. pasaba un día por la cañe y junto á una doncella de buena casa, y hubo de hacerle un gesto injurioso. La jóven avergonzada, volvió á su casa y refirió la afrenta á sus dos hermanos, los cuales armándose de escopetas enderezaron hácia la casa de R. Por fortuna para éste, encontraron antes un anciano sacerdote, quien pudo disuadirlos de su intento con estas palabras: «Verdaderamente el

insulto pide sangre, pero había de ser de un hombre principal como vosotros, no de un miserable. ¿Qué hay que esperar de un vagabundo francés?» Y R. debió sin duda la vida á esta singular circunstancia atenuante.

Khasala estaba poco cambiada desde mi última visita: solo el bazar estaba transformado, gracias á algunas calles de árboles, cuyo verde claro contrastaba alegremente con el gris terroso que es el color uniforme de la ciudad. En cambio los inofensivos bastiones del recinto tenían algunas grietas más y sus ruinosos vértices habían añadido un gran contingente á las masas de polvo sutil y asfixiante que debe figurar en primera línea entre las incomodidades de Khasala.

*Ali-Bey*, el amable *mudir* de 1860 había sido reemplazado por un *Ibrahim-Bey*, extraño en el Sudan. Mr. de Beurmann habla de la administración de *Ali-Bey* como debía hablar un viajero que no había vivido el tiempo necesario con los *mudires* del virey para distinguir entre la honradez relativa y el cinismo absoluto. Yo creo haberle hecho justicia. En cuanto á *Elias-Bey*, había muerto como digno funcionario egipcio en ocasión de estarle formando un proceso infamante á propósito de haberse comido, según decían, 5,000 talaris, que se dedujeron al fin de su herencia. Los tiznes de este escándalo habían caído también sobre *Mallem-Todros*, jefe de las oficinas de la *mudiria*, que tuvo que aprontar 1,000 talaris, siendo además destituido. A mi llegada acaba de ser repuesto á consecuencia de ciertas gestiones fáciles de adivinar, y aun estaba seguro de cobrar sus gastos al cabo de un año ó dos de ejercicio.

En su origen no era Khasala más que un puesto militar y un centro de operaciones para domar las poderosas tribus fronterizas, sumisas en otro tiempo á *Lennar* como los hadendoas, los halengas, los amarar, los beni-amer, los bareas y los mahrias. Todas estas tribus con cinco ó seis menos importantes, de que hablaré después, dependen hoy de la *mudiria* de *Thaka*: la población sedentaria es poco numerosa y se ha agrupado principalmente en el *Gach* y la *Atbara*, en el distrito de *Khasala* y de *Goz-Redjeb*.

Antes de 1820 estaban estas tribus bajo la dominación del *Lennar*, especie de poder paternal que se contentaba con un derecho de feudo, representado por la investidura dada á los *degles* (príncipes indígenas) bajo la forma de un gorro singular de que hablaremos luego. Al principio de la conquista, los egipcios no se manifestaron muy ansiosos de penetrar en estas espantosas *khalas* para exigir sumisiones que les habían de ser vigorosamente disputadas. La eterna historia del caballo que quiere vengarse del ciervo, lección que los pequeños pueblos anár-

quicos no han sabido nunca meditar, halló aun aquí su aplicación. Los *hallengas*, molestados por los *hadendoas*, llamaron á los turcos de *Goz-Redjeb*; y *Amed-Bajá*, gobernador general del *Sudan*, vino en persona para hacer la conquista del *Thaka*, del desierto de *Barka* y de *Langheb*. La pequeña tribu de *Sabterat* fue invadida primeramente por fuerzas considerables, y á pesar de la inferioridad del número y de las armas, batió completamente á los egipcios en el primer combate dado en las arenas del torrente de *Aohé*. Los turcos huían en un espantoso desorden, cuando un oficial se lanzó en medio de ellos y les gritó: *Hijos míos el Cairo está muy lejos*. Queriéndoles significar con esto que la fuga en un país desconocido sería la inevitable perdición de todos. Los soldados lo comprendieron, volvieron á la carga y batieron á los *sabterat*, los cuales se les sometieron. Hállanse aun esparcidos en las arenas del *Kohr* muchas osamentas blanqueadas por la intemperie, como siniestro recuerdo de aquella jornada. Toda la aristocracia de los *sabterat* pereció en la refriega ó en las ejecuciones que la siguieron, y la familia que gobierna actualmente la pequeña tribu está establecida allí hace dos ó tres generaciones solamente.

Hacia 1838 estalló entre las tribus del *Thaka* una insurrección general comenzando con buen éxito. Un cuerpo de ejército egipcio, sorprendido en los bosques del *Hadendoa*, fue completamente derrotado. Gracias á la mucha energía y no poca crueldad y sobre todo á la superioridad de sus medios de ataque contra nómadas muy bravos, pero armados solo de lanzas y pesadas espadas, el Egipto triunfó de los insurrectos, debiendo principalmente el triunfo á dos oficiales que yo he conocido, *Elias-Bey* y *Muza-Effendi*, entonces simple *cachef* (capitán), hoy gobernador general del *Sudan*. *Muza* en particular se hizo famoso por las mutilaciones que practicaba á usanza abisinia en sus prisioneros. Dícese familiarmente en el *Sudan*. «Si se pronuncia delante de un *bichari* el nombre de *Muza-Bey*, hace involuntariamente cierto movimiento para asegurarse de que no ha perdido nada.»

Cuando los hadendoas fueron subyugados, diez y siete de sus jefes fueron conducidos á *Khartum* para ser castigados. En el camino dos ó tres de ellos se resistían á andar, faltos de fuerzas; y el oficial encargado de escoltarlos dicen que los dividía de un solo golpe de alfanje. Esta historia hizo gran ruido en el *Sudan*, menos como barbarie que como habilidad. Este *Soliman Kachef* es, según creo, el mismo que tomó parte en las dos primeras expediciones del *Nilo Blanco* (1840 y 1841) y se deshonró con las carnicerías que hizo en las tribus negras inofensivas y amigas. Respecto á los prisioneros *hadendoas*, los

pobres fueron ejecutados en medio del bazar de *Khartum*.

Algunos días después de mi llegada, cierto negocio me puso en relación con el príncipe del desierto, *Mohammed*, jeque de los hadendoas y rey casi absoluto de todo el país comprendido entre el Albara y el mar Rojo. Esta gerarquía vino á ser una pesada carga desde la conquista turca. El príncipe, responsable del pago del impuesto señalado y exigido por la codicia de los gobernadores generales del Sudan, estaba espuesto á una brutal prisión en caso de tardanza en la entrega del total recaudado ó no recaudado. Yo lo hallé sombrío, taciturno, atento por otra parte, como lo son todos los kalifas del desierto, á pesar del roce en que están con los groseros oficiales del Egipto que los gobiernan; y me espliqué perfectamente su pesar: la cobranza del impuesto se tardaba y *Mohammed* preveía ya los sucesos que sobrevivieron á los pocos días.

El poderoso jeque fue preso á la turca, es decir, traidoramente. Como no osaban intentar nada contra él en el mismo *Fillik*, lo atrajeron á *Kasala* no sé con qué pretexto y apenas llegó allí, fue asaltado por los soldados, reducido á prisión y encadenado.

La respuesta de los hadendoas no se hizo esperar: el 6 de marzo por la mañana llegó á *Khasala* bajo la forma de un convoy de desgraciados, muertos ó heridos, que habían sido asaltados por la fuerza armada en el camino de *Sanakin*, y los nómadas, para determinar bien el carácter político de esta agresión, no habían tocado á sus camellos ni á sus mercancías. Solamente que como suele suceder con frecuencia en Oriente, el castigo recaía sobre inocentes, porque los pobres buhoneros del barrio del Hospital no entendían una palabra, ni media, de la política trascendental del diván de *Khasala*.

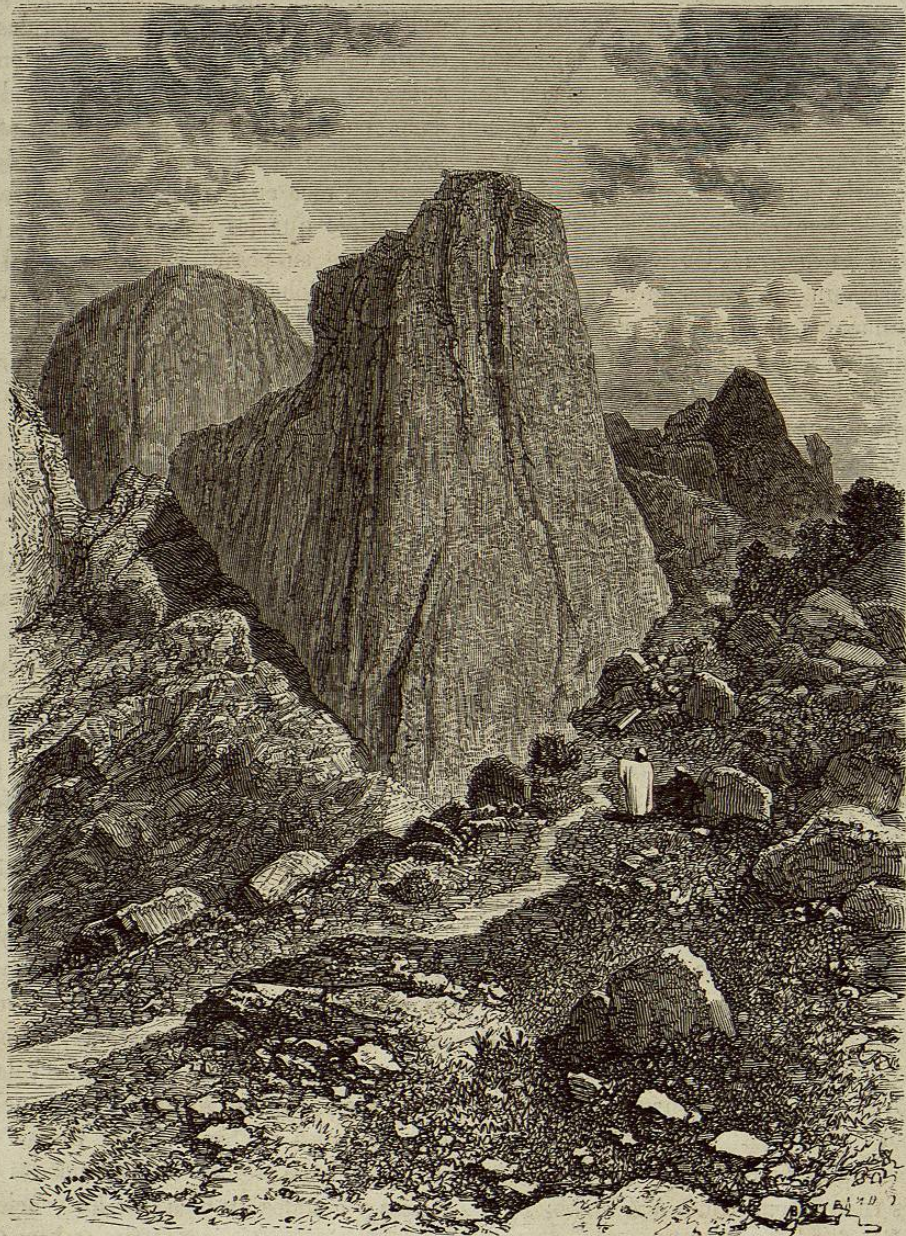
Júzguese el concierto de gemidos y maldiciones que tendría lugar al paso de las víctimas. Yo estaba en la azotea de mi casa, cuando vi llevar por la parte del *Subterat* semejante convoy, seguido de mujeres que gritaban desesperadamente y de *fogaras* graves y acompasados. Más tarde supe que eran *takarir*, que ocupados en hacer leña, fueron asaltados por una partida de treinta *bareas*, armados como ellos de lanzas y escudos, y bien que los vencidos no fueran más de seis, sostuvieron, sin embargo, el combate muchas horas. No hay que extrañar la duración de la lucha: en el Sudan, las escaramuzas entre pequeñas guerrillas, no son otra cosa que una gimnasia especial en que, gracias á los escudos y á la destreza de los combatientes, apenas de cincuenta golpes sale uno certero. Este día era el penúltimo del Ramadan y los valientes negros no quisieron apagar su sed hasta después de puesto el sol: entonces fueron bebiendo amparados con sus escudos, ayudándose y de-

fendiéndose recíprocamente. Uno de ellos fue muerto, los demás heridos de mayor ó menor gravedad. Los bereas perdieron también un hombre, que quedó en el campo para pasto de las hienas.

Entre los pastores nubianos no faltan aventuras trágicas. Cuando hacia mi primer viaje, me mostra-

ron á lo lejos por detrás del monte *Abu Gamel*, la población de *Hafara*, desierta entonces á consecuencia de una invasión en que nada se perdonara.

Un hombre de *Hafara* se casó con la hija de un notable de la tribu negra de los *basen*, lo que no le impidió apoderarse por traición de dos jóvenes del



El monte Khasala-el-Luz.

lugar de su suegro y retenerlos con el proyecto confesado de venderlos como esclavos. El suegro fué á Hafara y le reclamó sus compatriotas, y el yerno se los negó, asegurándole irritado que los había de vender á pesar suyo, como hizo, en efecto, algunos días después. El *basen* calló, pero su hija, acostumbrada

á leer en su fisonomía, fué á dar á su marido este consejo.

«Mi padre va á partir, pero yo he leído en su expresión que está resuelto á matarte: obrarias, pues, con prudencia, si ahora que lo tienes en tu poder lo mataras, para que él no te mate á tí.»



El dum (especie de palmera.)

El marido contestó solamente: no se atreverá á tanto.

Y el basen partió y no se supo de él en muchas semanas. Una tarde cierto hombre que venia de la tribu de los *basen*, habló misteriosamente á la mujer y le advirtió que estuviera dispuesta á partir, pues su padre iria en breve á buscarla. La negra acogió el aviso sin decir una palabra á su marido, creyendo que no debía lícitamente arrancarlo á su destino. Y una noche trescientos *basen* bien armados invadieron silenciosamente el lugar de *Hafara*, compuesto de un centenar de *tukules*. En la puerta de cada choza se apostó un *basen*, mientras que dos penetraban en ella y degollaban á todos los que encontraban. En muy poco tiempo la sangrienta operacion fue consumada, y los quinientos habitantes de *Hafara* pasaron sin resistencia del sueño á la muerte. El primer autor de esta catástrofe pareció tambien en esta gran hecatombe, y su viuda siguió á los vencedores que volvieron sin retardo á sus montañas.

Para vengar está agresion las tribus de *Sabterat* y de *Algheden*, vecinos y aliados de los de *Hafara*, se unieron á los turcos de *Khasala*, y juntos hicieron una *razzia* entre los de *Basen*, matando unos sesenta hombres y llevándose diez y ocho prisioneros, mujeres y niños en su mayor parte, que fueron vendidos en *Khasala* algunas semanas antes de mi llegada.

Recientemente, en abril de 1863, *Mohammed-en-Nur*, jefe de *Sabterat*, advirtió al mudir de *Khasala* que habia gran oportunidad de hacer una *razzia* en el pais de *Basen*, para lo cual le pedia ayuda. El mudir le envió ciento cincuenta hombres, que con los de *Sabterat* entraron en las montañas en busca de negros. Estos habian sido ya advertidos por el mismo *En-Nur*, segun se me ha dicho, lo cual no tiene nada de inverosímil para quien conoce los sentimientos de estas tribus hácia los turcos; y con el aviso habian preparado una emboscada, dejando en la llanura como incentivo algunas reses que la gente de *Khasala* trató de llevarse. Los de *Basen*, saliendo entonces de su emboscada, cayeron sobre los invasores, matando quince y derrotando al resto. El bajá envió luego seiscientos hombres para vengar el honor de la bandera y castigar á los negros; pero no encontrándolos, quemaron por toda rebancha algunas cabañas abandonadas.

## II.

El monte *Khasala-el-Luz*.—El rio *Gach*.—Paseo al *Abu-Gamel*.—El *Ocher*.—Consejos para hallar agua en el desierto.—Un bandido caballero: El hijo del leopardo.—La carabina de *Mad. Baker*.—Lo que cuesta en el *Sudan* ser hombre de bien.

Vuelvo á *Khasala* que me servia de centro para los reconocientos que hacia en todas direcciones, y principalmente al E. y al S. El monte *Khasala-el-Luz*

era el objeto preferente de todas estas escursiones. Este monte es una masa de rocas graníticas amontonadas en un magnífico desorden, de donde se alzan gallardamente hácia las nubes seis cimas redondeadas como cúpulas, lisas, peladas, inaccesibles, lo que espresa su nombre *bija, luz*. Los árabes han traducido ridículamente este nombre, por lo que significa en su lengua, *albaricoque*. En este macizo he hallado muchos *lusus naturæ*, que en *Bretaña* habrian sido denominados monumentos druidicos. Uno de ellos he dibujado á 5 kilómetros de la poblacion, y á cuyo pie pasan todas las caravanas que van á *Guedaref*.

Las pendientes del monte *Khasala* me ofrecian admirables observatorios para estudiar la topografía de la comarca. El hecho es que á 2 ó 300 metros de altura tenia á la vista una estension de cerca de 20 leguas. El oasis entero era una gran zona de tierras de aluvion, aptas para todo cultivo, pero incultas en su mayor parte por la escasez de poblacion bajo el régimen opresor de los egipcios. Un poco de algodón alrededor del poblado, otro poco de *durra* al Norte y al Este: hé aquí todo lo que el hombre sacaba del seno de una naturaleza tan vigorosa y liberal. Esta capa de tierra aluvional que forma toda la porcion cultivable del oasis, es el producto de los arrastres del rio *Gach*, sobre el cual debemos á nuestros lectores algunos detalles. El *Gach* nace en una meseta de *Abisinia*, donde se llama el *Mareb*, describe una vasta espiral alrededor de la provincia de *Seraué* y descien- de á una cuenca de tierras pobladas de árboles y habitadas al Este por los abisinios y al Oeste por los negros de *Basen*. En el *Seraué*, hácia el *Gundet* no es mas que un ancho arroyo, cuyas aguas, de algunas pulgadas de profundidad corren por un lecho de guijarros azules. No sé exactamente dónde se pierde este hilo de agua ni dónde comienza el álveo de arena fina que se prolonga por el *Basen* hasta el *Atbara*. Diez ó doce leguas antes de *Khasala*, el *Gach* desemboca por entre las montañas haciendo un bello recodo hácia el Noroeste, y despues hácia el Norte. En la estacion de las lluvias, la enorme masa de agua amarilla y limosa que trae de *Seraué*, aumentada con todos los afluentes de las tierras bajas, rueda hácia *Khasala*, depositando en sus márgenes el limo de que viene cargada: este es el rio que ha formado el oasis, y es fácil conocerlo abrazando de una ojeada, desde lo alto del monte *El Luz* la topografía general de la comarca. A lo largo del rio, espesas hileras de palmas y de *tarfas*, algodonales y otros cultivos, pueblecillos y campamentos de nómadas contrastan vigorosamente con el fondo amarilluzo del desierto propiamente dicho; desierto donde la espinosa familia de las mimosas crece sobre una capa de tierra ligera, deleznable, de color de café con leche y sembrada de cascajo silíceo ó granítico. La vegetacion cesa completa-

mente allí donde el cascajo predomina, y la tierra vegetal hace lugar entonces á un suelo compacto y desigual, estremadamente molesto al desnudo pie del campesino. Mas de una ocasion se me ofrecerá de volver á hablar de estos rios fecundantes del suelo de la *Nubia*.

Mientras que el funcionario egipcio llama á la poblacion *Khasala* y á su provincia *Thaka*, el beduino nombra al uno y la otra *Gach*. El *Gach* me ha parecido llegar á su máximun de anchura bajo los muros de *Khasala*, uno de cuyos bastiones baña y arrastrará cualquier dia. Allí le he medido 510 metros. Es en efecto un bello rio, sobre todo á fines de julio, cuando corre ruidosamente dejando sus rizos de espuma en los troncos de las tronchadas palmeras de sus márgenes.

He escrito en otro tiempo en virtud de noticias incompletas y con muchos viajeros (*Courval*, *Baker*, etc., etc.), que el *Gach* iba á terminar á los diques de *Dabab*, á 5 horas al Norte de *Khasala*. La verdad es que en los años ordinarios, el rio detenido por estos diques se abre y estiende y no rebasa este pueblo, donde reside el gran jefe de los *hallengas*; pero en las grandes avenidas, escápase el sobrante y corre directamente hácia el Norte por un lecho tan bien trazado como la parte superior, y vá á regar algunas tierras cultivadas por los nómadas, especialmente la de *Omál*. Pasa luego al Este por cerca del monte *Tuez*, y algunas leguas mas abajo va á terminar á otro terreno de cultivo perteneciente á los hadendoas, que llaman *Om-adan* (madre de las osamentas). Este nombre fue debido á una sangrienta batalla que tuvo lugar el siglo pasado, si no estoy mal informado, entre los hadendoas por una parte, y los *sogulab* y los *mitenab* por otra.

Finalmente, en los años excepcionales el rio desemboca en el *Atbara* cerca de *Om-Handel*, hácia el 17°, 8' de latitud Norte. Este paraje, señalado en 1858 por *Mr. Courval*, y precisado cuatro años despues por *Mr. Munzinger*, se llama en bidia, *Gach-da* (boca del *Gach*). Hállase aquí el tamarindo, arbusto extraño en las márgenes del *Atbara* y muy abundante á lo largo del *Gach*: prueba física irrecusable del hecho de que se trata. Hé aquí una respuesta concluyente á las discusiones de *Mr. Beke*.

Un dia quise subir el *Gach* en una longitud de 10 leguas á fin de visitar el monte *Abu-Gamel* (el padre del camello) bella eminencia completamente aislada, desde donde podia ver toda la llanura hasta *Atbara*. Tomé por guía á un jóven indígena muy servicial, quien me ofreció conducirme por toda la comarca, escepto *Algheden*, su pais natal, cuyas autoridades lo perseguian por una *bagatela*, por una muerte en venganza, que él tenia por muy legítima. Al salir de *Khasala*, tomamos la via caravanera torcien-

do á la izquierda para reconocer de paso un pequeño lago inmediato al pueblecito de *Ahmed Cherif*, lago citado por *Mr. Beurmann* como un sitio interesante. Pasé por un sendero harto difícil, llevando á mi izquierda la colosal masa del *Khasala-el-Luz*, y á mi derecha un grupo de pintorescos montecillos: uno tiene la forma de una torre feudal en ruinas; otro asemeja á un leon echado, ó mas bien á una esfinge, cuyo nombre le doy. Saliendo de esta garganta avisté el pueblecito rodeado de un espeso bosque de mimosas, donde acabé por hallar un estanque ó balsa de agua amarilla y viscosa: yo no tuve valor para beber de aquella agua, y me apresuré á tomar de nuevo la senda que habia dejado. Un poco mas lejos pasa por un bello bosque de palmeras (*dum*) circuyendo un espacio libre, cubierto de yerba espesa y alta. Conócese por el vigor de la vegetacion que está próximo el rio; y en efecto, se baja ya á su lecho de arena blanca en el paraje por donde lame el pie de una montaña lisa y desnuda que parece un monolito. La senda penetra luego por una isla arbolada que llaman el *Gran Gozzo*; no está cultivada, aunque la calidad del terreno se prestaria perfectamente á los cultivos indígenas y europeos. Despues de la isla, se vuelve á tomar la fatigosa faja de arena, camino tan molesto para las mulas y aun para los camellos, y al poco tiempo de andar en esta direccion, se va á caer á los campamentos de los nómadas, que durante la estacion seca ocupan el lecho del *Gach*. Aquí encuentran ellos muchas ventajas: desde luego agua por todas partes; despues los bosques de espinos con que circuyen sus tiendas, preservándose asi de las invasiones de las fieras y otros animales dañinos que no pueden disimular su presencia sobre el blanco fondo de las arenas.

He hablado de agua: todos los viajeros á quienes no son desconocidas estas regiones, saben que en general cuanto mas importante es uno de estos lechos de torrentes secos, mas probabilidades hay de hallarles agua, ahondando de 2 á 8 pies en sus arenas. Un torrente vasto pero distante de las montañas que derraman su contingente despues de la lluvia, no tiene agua sino en los años de grandes avenidas, como el *Gach* en la parte inferior de su curso. Y otra corriente menos importante, pero situada de modo que reciba inmediatamente las aguas escurridas de los montes, las conservará abundantes y puras. La experiencia en estas materias es el gran tesoro del nómada: el viajero que no conoce el pais, ni tiene quien lo informe, puede hallarse en grande embarazo. Un hombre muy esperto en la materia, *Mr. Galton*, da un escelente consejo para un caso de duda, á saber: ahondar en el punto por donde un gran torrente recibe otro menor, pero dentro de este último. En efecto, las aguas que descenden con violencia hácia el